

Llegada de Don Jose María a Mondragón

En la fría mañana del 5 de febrero de 1941, Don José María llega en tren a Mondragón “sometida a una fuerte tensión obrera desde hace décadas y rota por la violencia y la represión durante la guerra civil” (Fernando Molina).

El proyecto de Arizmendiarieta es, ante todo, un proyecto de futuro que nos llama a “levantar al pueblo con la fuerza del pueblo” (Joxe Azurmendi).

Acabamos de celebrar el 80 aniversario de esta efeméride y hemos juzgado que es una oportuna ocasión para compartir dos escritos suyos que nos pueden ayudar a comprender su permanente afán por plantearnos la necesidad de renovar ya que “la solución no está en una vuelta tan nostálgica como imposible a las «fuentes» (Mayo 1968).

Y ocho años más tarde, ya muy enfermo, escribía que “históricamente (estamos) situados ante la apasionante y urgente tarea de buscar y proponer múltiples y variadas formas de vida que ayuden a superar la presente crisis de nuestra juventud, elaborando nuevas concepciones del mundo. Religiones, filosofías, formas de organización social y política que estén en consonancia con las profundas actitudes de las nuevas generaciones...” (Marzo 1976).

Transcribimos los dos artículos completos publicados en TU Trabajo y Unión:

ATENCION, MONDRAGON

TU Trabajo y Unión Mayo 1968

Todos los grandes hombres han concebido una serie de frases que, dichas y escritas a merced de las multitudes, forman al final de sus días así como un testamento ideológico que dejar a la posteridad.

John Fitzgerald Kennedy también esgrimió las suyas que a modo de latiguillos impresionaron al auditorio, no sólo cuando dirigió su triunfal campaña electoral, sino aún después de que le encumbraran al poder los resultados de los comicios.

Norteamérica tiene una corta historia, pero quizá por lo mismo su persistente en los actos públicos, monumentos y necrópolis —como queriendo exprimir en afán de eficacia—, los nombres de LINCOLN, WASHINGTON, ROOSEVELT, KENNEDY, etc., que aparecen fogosos y latentes señalando con sus frases el destino que como Poder económico, histórico, moral o social cabe al pueblo americano.

De todas ellas una nos gusta por su especial contraste. Aquella que Kennedy usó cuando dijo: «No pidáis a la sociedad lo que debe hacer por vosotros; pensad más bien qué es no, qué vosotros podéis hacer por la sociedad».

Y nos gustó porque el Presidente dirigió a una comunidad «opulenta» una idea sucinta, expresiva, de aplicación directa, y cuyo eco, devuelto de la densa bruma de su muerte a la vida que a pesar de ello continúa, Puede invitar aún a pensar, al margen de que proceda del mandatario de un estado liberal con predomios individualistas y filosofía con estrofas de sonido monetario.

Y es que la tentación del individuo a pedirlo todo a la sociedad y Sentirse con ello salvado de responsabilidades, expresa sentenciosamente determinados momentos cuyo tránsito hay que aprehenderlo para, en la apoyatura que nos deparan, examinar nuestra actuación personal.

Bien es verdad que la proclamación permanente de nuestro sentido Comunitario nos ha señalado que no es buena, por injusta, una promoción a nivel individual como resultado de un determinismo que pone al Servicio de los elegidos los bienes que deben repartirse: salud, cultura, trabajo, y en esta proclamación dentro de los límites que nos marca nuestra capacidad de asunción de responsabilidades, venimos trabajando mediante la estructura de nuestras instituciones, aplicación- de nuestros fondos de obras sociales y apertura, sin discriminaciones políticas, raciales ni religiosas de nuestro campo del trabajo, a cualquier miembro de la comunidad.

Pero no sabemos si, al paso que las instituciones caminan y se ajustan a estos principios, cada uno de los miembros, —unidades básicas cuya adición resuelve las decisiones de la cúspide—, al actuar aislados, reportan a la vida aquello que sugieren a las instituciones, reclaman de la sociedad, piden enfervorizadas en ademanes sinceros para buscar la libertad por el derecho, el acomodo a unas circunstancias nuevas que el propio avance social va haciendo deseables, asequibles y después imprescindibles, al punto que de su uso permanente, dejan de parecer conquistas y avances y sólo parecen plataformas para ulteriores derechos a cuyo conjuro nos aprestamos a ofrecer, en comunidad, nuestra voz y nuestra protesta.

Pero, insistimos, ¿se puede decir lo mismo de nuestra actitud, cuando sin sumarse a una indefinida comunidad o masa ciudadana de ella se reclama una posición que obliga a título personal?

No nos agrada ceñir lo escrito a ningún ámbito geográfico pero en este caso hemos de hacerlo porque es la ocasión de concretar las ideas sobre el ejemplo de un pueblo, MONDRAGON, o una comarca partida y unida a la vez por el río DEVA.

MONDRAGON es un pueblo sin agua, es decir, el agua que llega a los grifos comienza a ser racionada desde el mes de mayo al mes de noviembre. Nuestra comarca, al 1.º de enero sufrió la fuerte mutación de uno de sus dos sistemas viarios: el Ferrocarril VASCO-NAVARRO.

La gran densidad de enseñanza representada por el Colegio San José, Escuela Profesional, Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes y el anuncio del lanzamiento del nuevo Colegio por la Asociación A.L.M.E.N entre ESCORIAZA y ARECHAVALETA, son claros testimonios de la pujanza de determinados medios para crear primero y robustecer después tesoneramente, las fronteras superadas.

Instituciones de carácter social, efectivamente van naciendo, pero todas ellas pasan dificultades económicas pese a la llamada al pueblo a título individual, porque de esta forma cuando el acto es personal, momento en que se enfrenta cada ciudadano con la responsabilidad cercana a su indiscutible potestad y puede hacer uso de su propio patrimonio «de su bolsillo», el hombre se rebela y lejos de interpretar los problemas comunes como propios y obligarse a ellos como miembro que forma una comunidad, se diluye y se inhibe.

¿Qué si no pasa, para que ofrezcan déficits permanentes, instituciones como el Centro Asistencial, no tengamos agua en casa, o se suprime el Ferrocarril?

Pero es que además pudiera objetarse que es exigua la capacidad financiera de nuestras pequeñas economías. Y lo es para muchos. pero no por lo visto para todos. Veamos si no, cómo es posible que sólo en MONDRAGON puedan crecer tres Salas de Fiestas en un año y sea próximo el comienzo de las obras de un nuevo Cine Teatro cuyo coste será inferior a los 10 millones de pesetas.

Una de las características predominantes de nuestras condiciones étnicas, siempre ha sido la buena administración económica del presupuesto de gastos familiar. Tan es cierto que aún ahora en Argentina cuando de realizar transacciones se trata se rematan algunas operaciones con la expresión «palabra de vasco».

Sin embargo seguimos pensando que algo se viene desarticulando porque resulta difícil establecer un equilibrado balance social, en unas comunidades donde los individuos no palpitan ante requerimientos sociológicos de la envergadura de la educación, urbanismo o salud y, sin embargo, ojos más despiertos, conscientes de las grietas que hacen débil nuestro ente social, ven que darán pasto a sus apetencias presentando ocasión de consumo superfluo, aun cuando lo que es básico, estructural o vital quede yermo, inhóspito, desangrado.

Porque la comunidad, como la familia y como el individuo, tiene que establecer prioridades de inversión para ofrecer un cuadro equilibrado de desarrollo a la posteridad receptora de nuestra actitud de hoy, y a esta comunidad no cabe sólo pedirle que cambie y actualice sus instituciones —que es lo primero que hay que hacer—, sino que además pedir a cada individuo que consecuente con esto que pide, reaccione en todo momento, ya que hacerlo tirado del carro de los demás es fácil. Lo difícil es hacerlo cuando supone un acto individual que sugiere, sin arbitrios previos, un sentido social, socialista si se quiere en la acepción de desear para la comunidad que previamente crezca, y con ella el bienestar y la libertad del individuo.

¿Búsqueda de Nuevos Valores?

TU Trabajo y Unión Marzo 1976

Desde que Nietzsche anunció proféticamente en el siglo XIX la muerte de Dios, la pérdida progresiva de todos los valores es un hecho observable hasta para el hombre de la calle. El ciudadano de nuestro mundo occidental siente ya en su carne, con la angustia que un descubrimiento de este estilo ha de provocar irremisiblemente, la gran verdad que encerraban las palabras de Dostoievski: «Si Dios no existe, todo está permitido». Es decir, ya no hay valores o ideales de ningún tipo que se impongan al hombre desde fuera; no queda sino el hombre mismo, atónito, y asustado por la terrible realidad que constata: su radical libertad con la que, sin embargo, parece que no sabe qué hacer.

Hasta ayer las consecuencias de este hecho que no es realmente nuevo sólo se reflejaban en las élites intelectuales y cultivadas de la humanidad, pero en nuestros días han alcanzado también a las masas y, a fuerza de concretos, hemos de decir que nos parece que son una realidad que podemos ya percibir en la juventud de nuestro país y de nuestro pueblo.

Hace muy poco tiempo todavía éramos testigos de una espontánea discusión, entre jóvenes de dieciséis años, acerca del sentido de la vida y no eran pocos los que afirmaban que no encontraban ninguno.

Nuestro contacto con la juventud nos permite afirmar que de año en año es más perceptible y está más extendido entre los jóvenes un sentimiento nocivo y peligroso de cara al futuro que puede formularse poco más o menos así: No hay valores por los que luchar, por los que gozar o sufrir, en una palabra, por los que vivir.

No dudamos de que la fuerza del instituto es todavía poderosa para que los efectos de esta actitud, excesivamente racional por ahora, sean realmente catastróficos, pero a nuestro juicio, esta situación generalizada de la conciencia

puede ir debilitando paulatinamente las ganas de vivir de la humanidad que las diversas morales tradicionales se han encargado siempre de reforzar. Es, pues, necesario inventar nuevos valores, o para ser más exactos, superar en el sentido hegeliano los valores de las actitudes morales tradicionales ya definitivamente periclitadas. Pero para ello es absolutamente indispensable primero que la sociedad —nuestra sociedad también— cobre conciencia del hecho suficientemente probado de que los viejos modelos no sirven ya para educar a las nuevas generaciones. No se trata pues de inventar nuevos métodos didácticos o de recargar el horario de profesores y alumnos para seguir enseñando lo mismo, pero «mejor». Tampoco está la solución en una vuelta tan nostálgica como imposible a las «fuentes».

Mientras sigamos creyendo en los valores tradicionales, tal y como han sido formulados hasta ahora en las ideologías tradicionales, en los modelos educativos tradicionales, el abismo generacional que ya ahora apreciamos se irá haciendo cada vez más hondo hasta impedir que desde el fondo del mismo se puedan escuchar y mucho menos entender las voces de los que gritan desde la superficie. Parecerá incluso que hablan lenguajes distintos. Y no es que los jóvenes vayan a adherirse a modelos auténticos v modernos (si así fuera no habría lugar a lamentaciones) sino que, por variar, se adherirán a otros solamente distintos y tan anacrónicos como los que les proponemos v de los que se cansarán también más o menos pronto a medida que vayan descubriendo la incapacidad de aquéllos para responder a sus indefinidas aspiraciones presentes.

Los maestros, los religiosos, los políticos, cuantos se dedican a la noble tarea de la educación en su sentido más amplio, están históricamente situados ante la apasionante y urgente tarea de buscar y proponer múltiples y variadas formas de vida que ayuden a superar la presente crisis de nuestra juventud, elaborando nuevas concepciones del mundo. religiones, filosofías, formas de organización social y política que estén en consonancia con las profundas actitudes de las nuevas generaciones y sean así capaces de renovar sus ansias de vivir además de capacitar a los jóvenes para engarzar con la tradición y la cultura de sus antepasados.

Debo decir para terminar, que tengo dudas fundadas de que los educadores y la sociedad misma se preocupen lo suficiente sobre este problema, cuyos efectos no pueden, sin embargo, menos de padecer. Creo que los padecemos ya aquí y ahora.